

REVISTA
DE LA
UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Tomo VIII

Lima, Mayo-Junio de 1940

Número 2-3

LA PERSONALIDAD DE PÍO XII (1)

Por MERCEDES BELAUNDE YRIGOYEN

Con grande emoción y justificado temor he aceptado la designación de la Junta Nacional de la Acción Católica, para hablaros esta tarde, en nombre de la Juventud Femenina, sobre la personalidad de nuestro actual Pontífice, Su Santidad Pío XII. Explicándome tan solo este honor, por haber tenido el privilegio insigne de conocerle personalmente.

¡Cuán difícil se me hace presentaros, aun a grandes rasgos, los caracteres más salientes de tan destacada figura, la más interesante de los últimos tiempos. Pío XII: sacerdote, diplomático, santo... El pueblo de Roma le ha creído tal, pues en los días de su elección, con certero juicio repetía sin cesar, lo que se convirtió casi en un estribillo: "Si queréis papa bello, Tedeschini; si queréis papa sagaz, Maglione; si queréis papa santo, Pacelli. Y Pacelli, el Papa Santo, el "Pastor Angélico" que la humanidad necesitaba, fué elegido; para ser, como decía Catalina de Siena, "nuestro dulce Cristo en la tierra".

Dos actividades, dos rasgos, aparentemente opuestos, se unen en el Papa para formar esta excepcional personalidad; el del diplomático, y el del místico. El primero más propio del hombre de mundo, del asceta solitario. Tiene del diplomático la palabra que convence, y el gesto que atrae; del asceta, la imponente y espiritualizada

(1).—Semblanza leída en la actuación organizada por la Acción Católica Peruana en homenaje a S. S. el Papa Pío XII, el 12 de marzo de 1940.

figura, y la mirada penetrante y suave del que vive en íntimo contacto con invisibles realidades.

La diplomacia ha sido considerada mucho tiempo como un arte, el arte de decir y hacer las cosas como mejor conviene y no conforme a la verdad, sino a los intereses del propio estado, o sea un arte que excluye la sinceridad. Podemos decir, sin temor de exagerar que Pío XII, uno de los más grandes diplomáticos de la humanidad, al igual que algunos de sus antecesores, ha hecho de la diplomacia, el arte de la verdad. En todo momento se ha mostrado inteligente y discreto, y ha tratado siempre; ya como Nuncio Apostólico, ya como Secretario de Estado, de conseguir para la Iglesia ciertas ventajas especialmente espirituales, a las que tenía derecho, considerando al mismo tiempo los intereses propios de cada pueblo y de cada raza. En toda su labor diplomática, Pío XII se nos revela: intuitivo, humano, a más de realista y de gran visión sobrenatural. Esto es fácil de comprender si recordamos, sin tener en cuenta sus brillantes condiciones naturales, que el Santo Padre según muchos afirman, fué discípulo de Benedicto XV, quien trabajaba con el Cardenal Rampolla, el que a su vez actuó con León XIII, pertenece pues Pío XII a la escuela diplomática de este Gran Pontífice, quien adelantándose a su época, supo dar acertada solución a problemas tan trascendentales, como el de la Cuestión Social.

Cuatro han sido los tratados o concordatos en los que se ha revelado el genio diplomático de Pío XII; el de Baviera, el de Prusia, el de Baden, y el del Reich Alemán. Seguramente le tocó trabajar en los más difíciles asuntos de la Santa Sede después del de Letrán, aunque en éste también intervinieron las dotes diplomáticas de la familia Pacelli, pues su hermano fué para este arreglo al abogado del Vaticano.

Quisiera brevemente recordar hoy, las garantías que para la Iglesia y el Catolicismo obtuvo el esclarecido diplomático por estos tratados. Desde el punto de vista material, quedan aseguradas las propiedades eclesiásticas en dichos países; desde el punto de vista espiritual se garantiza la protección a la enseñanza religiosa en las diversas escuelas, y se consigue además algo de suma importancia para el Papado, como es el derecho de elegir los Obispos de entre las listas presentadas por los Cabildos.

De lo expuesto, es muy interesante ver, como por estos tratados, Pío XII se nos revela no sólo gran diplomático, sino al mismo tiempo gran sacerdote; pues si el método seguido es el de un diplomático de nacimiento y de escuela; el contenido trascendente y sobrenatural de ellos, nos lo revelan como a un auténtico Pastor de almas.

El celo por el trabajo sacerdotal y su constante preocupación por el ministerio directo de las almas, es algo tan fuerte en él, que ni aun sus múltiples obligaciones protocolarias, logran debilitar este anhelo.

Es de admirar en la vida del futuro prelado, el hecho de haber recibido su formación intelectual en un colegio del Estado. Otto Walter, en su delicado estudio sobre "La vida y personalidad de Pío XII", nos relata un lindo rasgo de su vida de colegio, en el que podemos apreciar toda la profundidad y valor moral del entonces estudiante Eugenio Pacelli. El maestro de clase pide a algunos alumnos, escriban sobre la persona que ellos consideran ser el más grande herrero o forjador de todos los tiempos. El niño Pacelli insinúa a un compañero escoja la figura de San Agustín, y le ayuda a desarrollar el tema. El profesor, bastante laico, se burla del alumno por haber escogido tal personaje; el chico se turba y no sabe qué responder, entonces se levanta Eugenio Pacelli y dice con una firmeza, que no excluye su natural modestia, que él está dispuesto a sostener la tesis del amigo; probando que San Agustín ha sido un gran forjador de almas.

Más tarde, ya adolescente entra al colegio Capránica para seguir ahí la carrera eclesiástica; más por falta de salud debe interrumpir sus estudios y retirarse unos días al campo a descansar. Por momentos piensa dedicarse a las leyes, pero esto no parece del todo convencerle, siente demasiado hondo el deseo de ser sacerdote. Con la mente fija en esta idea, se dedica entusiasta al deporte para robustecerse; logrando así tener el vigor necesario y ponerlo al servicio de su ideal. Esta fuerza de carácter, esta disciplina de vida es, sin duda, uno de los rasgos más salientes de la personalidad del Papa. La disciplina no le abandona ni en sus actividades, ni en sus trabajos; los que ni aun interrumpe durante sus viajes. Otro rasgo no menos admirable es su caridad, la que se prueba durante la revolución de Munich, cuando siendo Nuncio en Baviera, se le ve re-

partir entre los pobres los últimos viveres, que con solícita precaución, le habían separado unas buenas religiosas, al ver, que por falta de comunicaciones, era ya imposible el ingreso de nuevos comestibles a la ciudad.

Este amor a los pobres, le lleva también en más de una ocasión a visitarles en sus propios centros de trabajo; quiere darse cuenta de sus necesidades, de sus problemas propios y profesionales para ver la forma de ponerles remedio. Desciende a las minas, entra a los talleres. Le he visto en traje de minero en una fotografía tomada durante una de estas visitas.

Se interesa grandemente por las obras de asistencia social. No sólo lee acerca de ellas, sino que visita detenidamente las más importantes. Pero, por encima de todo, ama la labor del sacerdote, a la que hubiera querido íntegramente consagrarse desde su juventud. No pierde oportunidad de ejercer su ministerio. Durante la guerra ayuda al Cardenal de Munich en el trabajo de la Diócesis, especialmente en las confirmaciones. En Suiza, cuando va de vacaciones, ya como Secretario de Estado siente gran felicidad al enseñar el catecismo a los niños y prepararles para la Primera Comunión.

No cabe duda, que el entonces Cardenal Pacelli, más que diplomático se siente sacerdote; y si sufre a los 23 años, cuando el Cardenal Gasparri le designa como secretario suyo, no es por otro motivo; aunque ya entonces, supiese comprender que el servicio diplomático de la Iglesia, era también necesario para garantizar su misión sacerdotal.

Al recibir años después en Suiza, el telegrama que le anuncia su nombramiento como Cardenal; tiene pena; pues de nuevo siente la nostalgia de no poder ya hacerse cargo de las almas de determinada diócesis.

El Señor, en sus admirables designios, no quiso darle entonces un número determinado de fieles; pues guardaba para él, en un futuro no lejano, el cuidado de los millones de almas de toda la cristiandad.

Y ahora, permitidme antes de terminar, que os relate un pequeño recuerdo personal. Ha pocos años en Roma, tuve la felicidad de conocer a Pío XII y su figura desde entonces quedó impresa en mi alma. Recuerdo aquella mañana de primavera que en la Trinidad del Monte le vi, cual un ángel, hablar a las pequeñas alumnas del

Sagrado Corazón que por vez primera se acercaban a recibir a Jesús. ¡Qué cosas más bellas, más tiernas no les dijo! Jamás oí palabras capaces de conmover tanto... Luego otro día, Su Excelencia el Cardenal Pacelli, se dignó recibirnos sencillo y amable; y al pedirle su firma para mi álbum, generoso, como el Maestro, escribió estas frases del Libro de la Sabiduría: “*¡Oh, qué hermosa es la generación casta con claridad! Es inmortal su memoria, pues es conocida delante de Dios y de los hombres*”. *Esta magnífica bendición deseo para Mercedes Belaúnde.* Guardo estas líneas como un tesoro, y si las leo hoy aquí, es por ver en ellas un deseo, una bendición del Santo Padre, no sólo para mí, sino para todas mis compañeras de la Juventud Femenina Católica del Perú.

Mercedes BELAUNDE YRIGOYEN.